

limosnas considerables á Palestina en el discurso de este siglo. Finalmente, el viaje de Pedro el Ermitaño, que tan gran resultado produjo, y las mismas Cruzadas, prueban hasta qué punto se ocupaba el mundo de aquella region lejana, donde se operara el misterio de su salvacion.

Jerusalém permaneció en manos de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años; y durante este periodo los historiadores de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar circunstancia alguna relativa á la Tierra-Santa. Benjamin de Tudela se trasladó á Judea en 1173.

Cuando Saladino volvió á tomar á Jerusalém á los Cruzados, los sirios rescataron, mediante una suma considerable, la iglesia del Santo Sepúlcro; y, no obstante los peligros de tal empresa, los peregrinos continuaron visitando la Palestina.

Focas, en 1208; Villebrando de Oldemburgo, en 1214; Jacobo Vetraco ó de Vetri, en 1231, y Brocardo, religioso dominico, en 1283, reconocieron y consignaron en sus viajes todo lo que se había dicho antes de ellos acerca de los Santos-Lugares.

En el siglo xiv tenemos á Ludolfo, Maudville y Sanuto.

En el xv, á Breindebach, Tucher y Langi.

En el xvi, á Heyter, Salignac y Pascha.

En el xvii, á Cotavico, Nau y otros ciento.

En el xviii, á Maundrelle, Pocke, Shaw y Haselquist.

Todos estos viajes, que se multiplican hasta lo infinito, se repiten unos á otros, y confirman las tradiciones de Jerusalém del modo mas invariable y sorprendente.

En efecto, ¡cuán pasmoso cuerpo de pruebas! Los Apóstoles vieron á Jesucristo; conocian, pues, los lugares santificados por los pasos del Hijo del Hombre; trasmiten esta tradicion á la primera Iglesia cristiana de la Judea; establece la sucesion de los obispos y guárdase con esmero la sagrada tradicion; muéstrase Eusebio, y empieza la historia de los Santos-Lugares; Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Egavro y San Gerónimo la continúan. Los peregrinos acuden de todas partes. Desde este momento hasta nuestros dias, una serie de viajes no interrumpidos, nos presenta por espacio de catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. ¿Qué tradicion se apoyó en tiempo alguno en tan gran número de testimonios? Si en esto se abrigasen dudas, preciso seria renunciar á dar asenso á algo; y nótese que he pasado por alto todos los datos que hubiera podido sacar de las Cruzadas. Pero añadiré á tantas pruebas históricas algunas consideraciones acerca de la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre la localidad de Jerusalém.

Es cierto que los recuerdos religiosos no se pierden tan fácilmente como los puramente históricos, pues estos solo están confiados por lo regular á la memoria de un reducido número de hombres eruditos, que pueden olvidar la verdad ó disfrazarla segun sus pasiones; al paso que aquellos están entregados á todo un pueblo que los trasmite maquinalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo, como en el Cristianismo; si la mas ligera involucracion de un hecho ó de una idea se convierte en herejía, es probable que todo cuanto á esta religion atañe se conservará de edad en edad con rigurosa exactitud.

No ignoro que en el transcurso del tiempo una piedad exagerada, un celo mal entendido, una ignorancia propia del tiempo y de las clases inferiores de la sociedad, pueden sobrecargar un culto de tradiciones que no puedan resistir el exámen de una critica ilustrada; pero el fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, que indican de consuno en los mismos lugares las mismas tradiciones, no pueden engañar. Si algunos objetos de devocion se han multiplicado en demasia en Jerusalém, esto no es una

razon suficiente para rechazar lo demás como una impostura. No olvidemos por otra parte que el Cristianismo fue perseguido en su cuna, y que ha continuado casi siempre perseguido en Jerusalém; pero todos saben cuánta fidelidad reina entre unos hombres que padecen juntos; todo, entonces, se presenta como sagrado, y los restos de un mártir son mirados con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas sabe hablar, conoce ya estos restos; llevado, durante la noche, en brazos de su madre, á unos altares rodeados de peligros, oye unos cantos y ve unas lágrimas que graban para siempre en su tierna memoria unos objetos que nunca ya se borrarán de ella; y cuando deberia ostentar únicamente la alegría, la expansion del alma y la ligereza de su edad, aprende á mostrarse circunspecto, juicioso y prudente, porque el infortunio es una vejez prematura.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á una santa reliquia, pues refiere que en su tiempo los cristianos de la Judea conservaban aun la silla de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalém. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: «*They fixed (christians dice, by unquestionable tradition, the scene of each memorable even.*» — «Fijaron (los cristianos), mediante una tradicion que no admite duda, la escena de cada acontecimiento memorable;» confesion de extraordinario peso en la pluma de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre, al mismo tiempo, tan poco favorable á la religion.

Por último, las tradiciones de lugares no se alteran como las de hechos, porque la faz de la tierra no cambia tan fácilmente como la de la sociedad. Esto es lo que con mucha razon observa D'Anville, en su excelente *Disertacion acerca de la antigua Jerusalém*: «Las circunstancias locales, dice, de las cuales decide la misma naturaleza, no toman parte alguna en las mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres han podido producir en la ciudad de Jerusalém.» Así, pues, D'Anville halla con una sagacidad maravillosa todo el plano de la antigua Jerusalém en la nueva.

El teatro de la Pasion, estendiéndolo desde el monte de los Olivos hasta el Calvario, no ocupa mas de una legua de terreno; y, ¡véase cuantas cosas pueden señalarse fácilmente en este reducido espacio! Hay desde luego una montaña llamada el *Monte de los olivos*, que domina la ciudad y el Templo, hácia el Oriente; esta montaña está allí, y no ha cambiado de lugar; hay un torrente Cedron; y este torrente es aun el único que pasa por Jerusalém; hay un lugar prominente, á la puerta de la antigua ciudad, donde se entregaba á muerte á los criminales; este lugar elevado se encuentra fácilmente entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que subsisten todavía algunos vestigios. Nadie puede desconocer á Sion, puesto que es la mas enhiesta colina de la ciudad. «Tenemos, dice nuestro gran geógrafo, certidumbre acerca de los límites de esta ciudad en la parte ocupada por Sion. Este es el lado que avanza mas hácia el Mediodia; y no solo está fijado de manera que no puede estenderse mas allá, por este lado, sino que el espacio de la estension que Jerusalém puede ganar en anchura, se halla determinado, por una parte por la pendiente ó declive de Sion, que mira al Poniente; y por otro, por su estrechidad opuesta al Cedron.» Todo este raciocinio es exacto, y pudiera decirse que D'Anville lo ha formado en presencia de los lugares.

El Gólgota era un pequeño grupo del monte Sion, al oriente de esta montaña y al occidente de la puerta de la ciudad; esta altura, donde descuellaba actualmente la iglesia de la Resurreccion, se distingue perfectamente todavía. Sabido es que Jesucristo fue enterado en un jardín al pié del Calvario; este jardín y la casa adyacente no pueden desaparecer al pié del Gól-

gota, montecillo cuya base no es bastante ancha para que un monumento se pierda en ella.

El monte de los Olivos y el torrente Cedron determinan luego el valle de Josafat; y este la posicion del Templo sobre el monte Moria. El Templo indica la puerta Triunfal y la casa de Herodes, que José coloca hácia el Oriente, en la parte baja de la ciudad y cerca del Templo. El pretorio de Pilatos estaba casi contiguo á la torre Antonia; y los cimacios de esta torre están patentes. Así, siendo conocidos el tribunal de Pilatos y el Calvario, se coloca fácilmente la última escena de la Pasion en el camino que conduce del uno al otro, sobre todo teniendo aun por testigo la puerta Judiciaria. Este camino es esa *Via dolorosa* tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

Las acciones de Jesucristo, fuera de la ciudad santa, no están indicadas por los lugares con menos exactitud. El jardín de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat y del torrente Cedron, se halla visiblemente hoy en la misma posicion que le fija el Evangelio.

Pudiera añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones, á todo lo que acabo de decir; pero es tiempo de poner término á esta introduccion, ya demasiado larga. Todo aquel que examine con buena fe las razones aducidas en esta Memoria, convendrá en que si hay alguna cosa satisfactoriamente probada en la tierra, esta cosa es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalém.

PRIMERA PARTE.

VIAJE POR LA GRECIA.

El plan de los *Mártires* habia sido interrumpido por mí; la mayor parte de los libros de esta obra estaban empezados, pero creí no debía darles la última mano antes de visitar el país en que habia colocado mi escena; otros encuentran recursos en sí mismos; yo necesito suplir lo que me falta con toda clase de trabajos. Así, pues, cuando no se halle en este *Itinerario* la descripcion de estos ó aquellos lugares célebres, será preciso buscarla en los *Mártires*.

Agregábase otras consideraciones al principal motivo que me hacia abandonar de nuevo la Francia, despues de tantas escursiones: un viaje á Oriente completaba el círculo de los estudios que siempre me habia propuesto acabar. Habia contemplado en los desiertos de América los grandes monumentos de la naturaleza; y entre los los de hombres, solo conocia dos clases de antigüedades: la céltica y la romana; faltábame recorrer las ruinas de Atenas, de Memfis y de Cartago. Deseaba tambien hacer una peregrinacion á Jerusalém.

Qui devoto
Il gran Sepolcro adora e scioglie il voto.

Estraño puede parecer hoy hablar de votos y de peregrinaciones; pero en esta materia no me ruborizo, y me he filiado há mucho tiempo entre los supersticiosos y los débiles. Seré tal vez el último francés que he salido de mi país para viajar por la Tierra-Santa con las ideas, el objeto y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero sino tengo las virtudes que brillaron en otro tiempo en los señores de Coucy, de Nesles, de Chastillon y de Monfort, á lo menos me queda su fe; y por esta señal pudiera aun hacerme reconocer entre los antiguos Cruzados.

Al abandonar segunda vez mi patria el 13 de julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Champagne, señor de Joinville; casi extranjero en mi país, no dejaba á mi espalda ni un palacio ni una choza.

Conocia ya el camino desde París á Milan. En esta ciudad empuñé el de Venecia; y vi, casi como en el Milanésado, una fértil y monotoná laguna. Detuve-me algunos instantes en los monumentos de Verona, de Vicenza y de Padua. Llegué á Venecia el 23, y examiné por espacio de cinco dias los restos de su pasada grandeza; fuéronme mostrados algunos buenos cuadros del Tintoreto, de Pablo Veronés y de su hermano, del Basan y del Ticiano. Busqué en una iglesia desierta el sepulcro de este pintor, y me costó algun trabajo hallarlo; lo mismo me habia sucedido en Roma con el sepulcro del Taso. Las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están mal en una ermita; parece que el cantor de la *Jerusalém* se ha refugiado á aquella ignorada sepultura, como para sustraerse á la persecucion de los hombres: llena el mundo con su fama, y descansa desconocido á la sombra de los naranjos de San Onofre.

Sali de Venecia el 28, y me embarqué á las diez de la noche para trasladarme á tierra firme. El viento del Sudeste soplabá lo bastante para henchir la vela, pero no lo suficiente para agitar las olas. A medida que la barca se alejaba, veia perderse en el horizonte las luces de Venecia, y distinguía, á manera de manchas sobre las aguas, las diferentes sombras de las islas de que la playa está sembrada. Estas islas, en lugar de hallarse cubiertas de fortalezas y bastiones, están ocupadas por iglesias y monasterios. Las campanas de los hospicios y lazaretos se hacían oír, y reproducian ideas de calma y de socorro en medio del imperio de las tempestades y los peligros. Nos acercamos bastante á uno de aquellos asilos para entrever á los frailes que miraban pasar nuestra góndola: parecian unos viejos marineros que habian vuelto al puerto despues de largas travesias; tal vez bendecian al viajero, porque se acordaban de haber sido como él extranjeros en la tierra de Egipto: «*Fuistis enim et vos advenæ in terra Egypti.*»

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y tomé una silla de posta para trasladarme á Trieste. Yo me desvié de mi camino para ver á Aquilea, pues no sentí la tentacion de visitar la brecha por donde los godos y los hunnos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni la de buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. Entré en Trieste el 29 á mediodia. Esta ciudad, regularmente construida, está situada bajo un cielo bastante hermoso y al pié de una cadena de montañas estériles; no posee monumento alguno. El último soplo de Italia espira en aquella playa, donde empieza la barbarie.

Mr. Seguier, cónsul de Francia en Trieste, tuvo la bondad de hacerme buscar un buque, y se halló uno próximo á darse á la vela para Esmirna; sus capitan me tomó á bordo con mi criado. Convine con él en que me dejaria al paso en las costas de la Morea, para atravesar por tierra el Peloponeso; que el buque me esperaria algunos dias en la punta del Ática, y que, si pasados estos dias no me dejaba ver, proseguiria su navegacion.

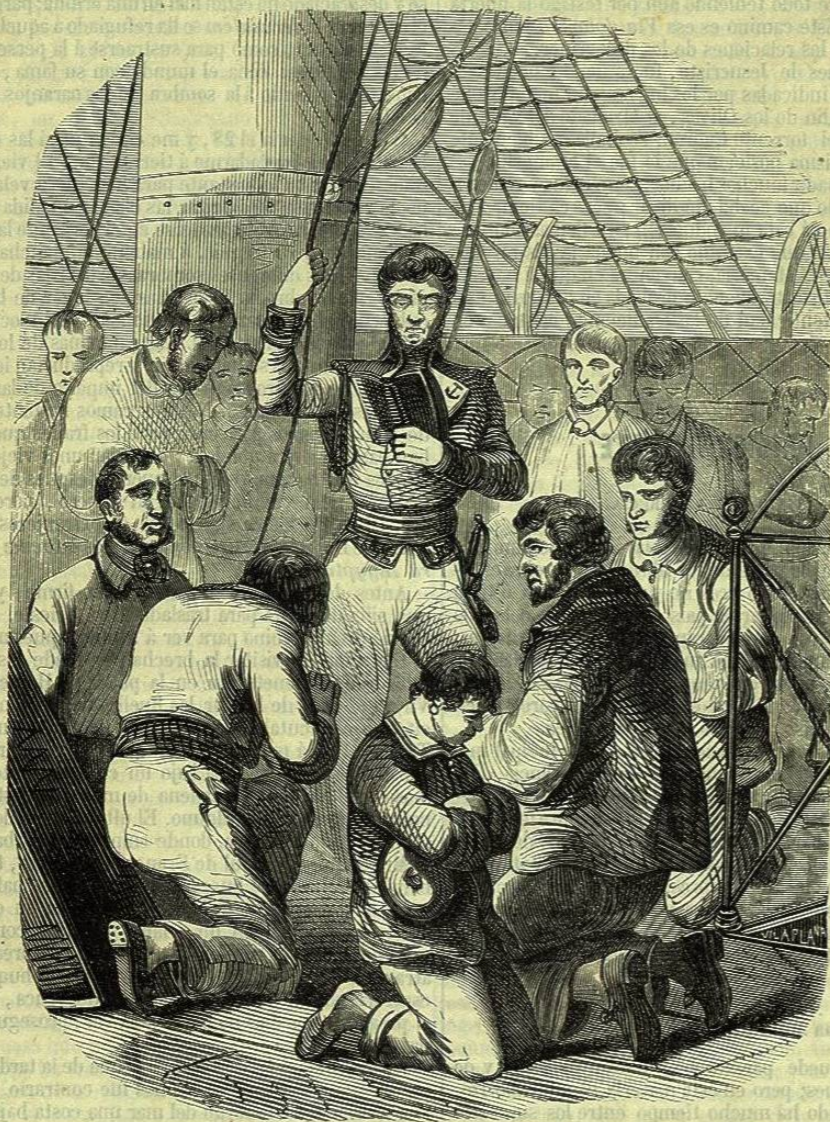
Aparejamos el 4.º de agosto á la una de la tarde, pero al salir del puerto, el viento nos fue contrario. La Istria presentaba á lo largo del mar una costa baja, que se apoyaba en el interior en una cadena de montañas. El Mediterráneo, ocupando el centro de los países civilizados, sembrado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de mirtos, de palmeras y de olivos, ofrece desde luego la idea del mar en que nacieron Apolo, las Nereidas y Venus; mientras el Océano, teatro de las tempestades, y rodeado de tierras desconocidas, debia ser naturalmente la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de esos pueblos cristianos que se forman una idea tan imponente de la grandeza y la omnipotencia de Dios.

El 2 al mediodia, el viento se declaró favorable, pero las nubes que se apiñaban al Occidente nos anun-

ciaron una tempestad, cuyos primeros truenos oímos en las costas de la Croacia. A las tres se amainaron las velas, y se encendió una luz en el camarote del capitán delante de una imagen de la Virgen. En otra parte he hecho notar cuán tierno es este culto que somete el imperio de los mares á una débil mujer. Los marineros en tierra pueden ser incrédulos como los demás hombres; pero los peligros desconciertan la sabiduría

humana; en ellos el hombre se hace religioso, pues la antorcha de la filosofía le tranquiliza menos en medio de la tempestad, que la lámpara encendida ante la imagen de la Virgen.

A las siete de la tarde la tempestad desplegaba toda su fuerza. Nuestro capitán austriaco empezó una oración en medio de los torrentes de lluvia y de los truenos. Oramos por el emperador Francisco II, por



LA ORACION Á BORDO, DURANTE LA TEMPESTAD.

nosotros y por los marineros, *sepolti in questo sacro mare*. Los marineros, unos en pié y descubiertos, otros arrodillados y apoyándose en los cañones, respondían al capitán.

La tempestad continuó una parte de la noche. Todas las velas estaban plegadas y la tripulación retirada; yo permanecí casi solo al lado del marinero que empu-

ñaba el timón. Así había pasado noches enteras sobre mas borrascosos mares; pero entonces era joven, y el estruendo de las olas, la soledad del Océano, los vientos, los escollos y los peligros eran para mí otros tantos placeres. En este último viaje eché de ver que los objetos han cambiado á mis ojos. Sé ya lo que valen todos los ensueños de la primera juventud; y no obstante,

tal es la inconsecuencia humana, que todavía atravesaba las olas; que me entregaba todavía á la esperanza; que iba todavía á recoger imágenes y á buscar colores para embellecer unos cuadros que acaso debían acarrearme disgustos y persecuciones (1). Paseábame en el castillo de popa, y de tiempo iba á trazar con lápiz una nota al resplandor de la luz que alumbraba el compás del piloto. Este marinero me miraba con asombro, y á lo que creo, me tomaba por un oficial de la marina francesa; me ocupaba como él del rumbo de la nave, pero ignoraba que mi brújula no era tan buena como la suya, y que él hallaría el puerto con mas seguridad que yo.

Al día siguiente, 3 de agosto, el viento se fijó al Noroeste, y pasamos rápidamente la isla de Pommo y la de Pelagosa. Dejamos á la izquierda las últimas islas de la Dalmacia, y descubrimos á nuestra derecha el monte de San Angelo, llamado antiguamente el monte Gárgano, que cubre á Manfredonia, cerca de las ruinas de Siponto, en las costas de Italia.

El 4 sufrimos una calma, pero el mistral se levantó al ponerse el sol y continuamos nuestra navegación. Dos horas despues, la noche era magnífica y en ella oí á un grumete cantar el principio del séptimo canto de la *Jerusalén*:

Intanto Erminia infra l'ombrose piante, etc.

El aire del canto era una especie de recitado muy alto en la entonación, que bajaba á las notas mas graves al fin del verso. Este cuadro de la felicidad campes- tre, trazado por un pobre marinero en medio del mar, parecióme aun mas encantador. Los antiguos, nuestros maestros en todo género, conocieron á fondo estos felices contrastes de costumbres: Teócrito coloca algunas veces sus ovejas á las orillas del mar; y Virgilio se complace en comparar los ocios del labrador á los trabajos del marinero:

Invitat genialis hyems curasque resolvit:
Ceu pressa cum jam portum tetigerit carina,
Puppibus et læti nauta imponere coronas.

El 5 el viento sopló con violencia, y nos trajo un ave de color pardusco, bastante parecida á una alondra. Concedímosle grata hospitalidad. En general, todo lo que forma contraste con su vida agitada, complace á los marineros; aman todo lo que se enlaza en su espíritu con la vida de los campos, como el ladrido del perro, el canto del gallo y el paso de las aves continentales. A las once de la mañana del mismo día, nos hallamos á la entrada del Adriático, es decir, entre el cabo de Otranto en Italia, y el de la Linguetta en Albania.

Hallábame allí en las fronteras de la antigüedad griega, y en los confines de la antigüedad latina. Pitágoras, Alcibiades, Escipión, César, Pompeyo, Ciceron, Augusto, Horacio y Virgilio, atravesaron aquel mar. ¿Qué fortunas tan diferentes entregaron estos célebres personajes á la inconstancia de aquellas mismas olas! Y yo, oscuro viajero, pasando sobre la ya borrada huella de las naves que llevaron á los grandes hombres de la Grecia y la Italia, iba á buscar las Musas en su patria; pero yo no soy Virgilio, y las Musas no habitan ya el Olimpo.

Adelantábase hacia la isla de Fano, que tiene con el escollo de Merlero, el nombre de *Othonos* ó de *Calipso*, en algunos mapas antiguos. D'Anville parece indicarla con este nombre, y M. Lechevalier se apoya en la autoridad de este geógrafo para hallar en Fano la morada donde Ulises lloró tanto tiempo su patria.

(1) Esta frase se halla en mis notas originales exactamente como está aquí; he creído no debía suprimirla, aunque parece escrita despues del resultado; nadie ignora lo que me ha sucedido con los *Mártires*.

Procopio observa en alguna parte de su *Historia mezclada*, que si se toma por la isla de Calipso uno de los islotes que rodean á Corfú, esto hará probable la relación de Homero. En efecto, una barca bastaba entonces para pasar desde esta isla á la de Esqueria (Corcira ó Corfú); pero á esto se oponen grandes dificultades. Ulises parte con un viento favorable, y despues de diez y ocho dias de navegación, descubre las tierras de Esqueria, que se levanta como un escudo sobre las olas.

Por consiguiente, si Fano es la isla de Calipso, esta toca con Esqueria; y lejos de emplear diez y ocho dias enteros para descubrir las costas de Corfú, Ulises debía descubrirlas desde el mismo bosque donde fabricaba su bajel. Plinio, Tolomeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rávena no dan sobre este punto dato alguno; pero se puede consultar á Vood y á los modernos, relativamente á la geografía de Homero, quienes colocan con Estrabon la isla de Calipso en la costa de África, en el mar de Malta.

Por lo demás, deseo con vehemencia que Fano sea la isla encantada de Calipso, aunque no he descubierto en ella sino una pequeña masa de rocas blanquecinas; yo colocaria en ella, si se quiere, con Homero, «un bosque abrasado por los rayos del sol, algunos pinos y alisos cargados con los nidos de las cornejas marítimas; ó bien hallaria con Fenelon» bosques y montañas cuya caprichosa figura forma un horizonte que encanta la vista. Desgraciado aquel que no vea la naturaleza con los ojos de Fenelon y de Homero!

Habiendo caído el viento á las ocho de la noche, y habiéndose aplacado el mar, el buque quedó inmóvil. Entonces gocé del primer ocase del sol y de la primera noche bajo el cielo de la Grecia. Teníamos á la izquierda la isla de Fano y la de Corcira que se extendían al Oriente; descollaban sobre ellas las elevadas tierras del continente de Epiro; los montes Acroceraunios, que dejábamos á la espalda, formaban al Norte un círculo que terminaba á la entrada del Adriático; á nuestra derecha, es decir, á Occidente, el sol se ocultaba mas allá de las costas de Otranto; y delante de nosotros se extendía el mar que llegaba hasta las playas de África.

Los matices del Poniente no eran vivos; el sol descendía entre nubes que pintaba de color de rosa; ocultóse en el horizonte, y le reemplazó un crepúsculo de media hora. Durante este breve crepúsculo, el cielo era blanco en el Poniente, azul-claro en el zenit, y gris-perla en el Oriente. Las estrellas penetraron sucesivamente este admirable pabellón; parecían muy pequeñas y poco luminosas; pero su luz era dorada y de tan suave resplandor, que me es imposible pintarlo. Los horizontes del mar, ligeramente vaporosos, se confundían con los del cielo. Al pié de la isla de Fano ó de Calipso veíase una hoguera encendida por algunos pescadores; con un poco de imaginación, yo hubiera podido ver las ninfas que incendiaban la nave de Telémaco. En mí hubiera consistido tambien oír á Nausicaa solazarse con sus compañeras, ó á Andrómaca llorar en la margen del falso Simois, puesto que entreveía á lo lejos, en la transparencia de las sombras, las montañas de Esqueria y de Butroto. (2)

Peligrosa veterum mendacia vatum.

Los climas influyen mas ó menos en el gusto de los pueblos. En Grecia, por ejemplo, todo es suave, todo respira molicie, todo está lleno de calma, así en la naturaleza como en los escritos de los antiguos. Casi se concibe el por qué la arquitectura del Partenon presenta proporciones tan felices; el por qué la escultura antigua es tan poco violenta, tan tranquila, tan sencilla, cuando se ha visto el cielo puro y los graciosos

(2) Veanse, respecto de las noches de la Grecia, los *Mártires*, libros I y XI.

paisajes de Atenas, Corinto y Jonia. En esta patria de las Musas la naturaleza no aconseja los extravíos del genio; tiende, por el contrario, á atraer el espíritu al amor de la uniformidad y la armonía.

La calma duró todo el día 6, y pude contemplar á mi placer á Corfú, llamada alternativamente en la antigüedad *Drepanum*, *Macria*, *Scheria*, *Corcira*, *Efisa*, *Casiopea*, *Ceraunia*, y también *Argos*. Ulises fue arrojado desnudo en esta isla después de su naufragio. ¡Ojalá que la mansión de Alcino nunca hubiera sido famosa sino por las ficciones del infortunio! Yo recordaba á mi pesar los trastornos de Corcira, tan elocuentemente narrados por Tucídides. Por lo demás, parece que Homero, al cantar los jardines de Alcino, añadió algo de poético y maravilloso á los destinos de Esqueria. Aristóteles fue á ella á espigar los errores de una pasión que no siempre vence la filosofía; Alejandro, joven, aun y lejos de la corte de Filipo, desembarcó en esta célebre isla; los corciranios vieron el primer paso del viajero armado, que debía recorrer todos los pueblos de la tierra. Muchos ciudadanos de Corcira alcanzaron coronas en los juegos Olímpicos; y sus nombres fueron immortalizados por los versos de Simónides y las estatuas de Policeto. Fiel á su noble destino, la isla de los Feacios continuó siendo bajo el yugo de los romanos el teatro de la gloria y del infortunio; Catón, después de la batalla de Farsalia, encontró á Cicerón en Corcira; ¡cuán hermoso cuadro sería el de la entrevista de estos dos ilustres romanos! ¡Qué hombres! ¡qué dolor! ¡qué golpes de fortuna! Veriase á Catón queriendo ceder á Cicerón el mando de las últimas legiones republicanas, porque Cicerón había sido cónsul; separáronse luego: el uno fué á desgarrarse las entrañas en Útica, y el otro á presentar su cabeza á los triunviros. Poco tiempo después, Antonio y Octavia celebraron en Corcira aquellas bodas fatales que tantas lágrimas costaron al mundo; y aun no había trascurrido medio siglo, cuando Agripina fue también á celebrar allí los funerales de Germanico, como si esta isla estuviese destinada á suministrar á dos historiadores, rivales en genio, en dos lenguas rivales, (1) el asunto del mas admirable de sus cuadros.

Otro orden de cosas y de acontecimientos, de hombres y costumbres, trae á la memoria el nombre de Corcira (entonces Corfú) en la *Bizantina*, en las historias de Nápoles y Venecia, y en la colección de *Gesta Dei per Francos*. De Corfú salió aquel ejército de Cruzados que sentó á un noble francés en el trono de Constantinopla. Pero si hablase de Apolidoro, obispo de Corfú, que se distinguió por su doctrina en el concilio de Nicea, de Jorge y de San Arsenio, también obispos de esta isla, ya cristiana: si dijese que la Iglesia de Corfú fue la única que se libró de la persecución de Diocleciano; que Helena, madre de Constantino, empezó en Corfú su peregrinación á Oriente, temeraria hacer sonreír á los incrédulos. ¿Cómo nombrar á San Jason y á San Sosistrato, apóstoles de los corciranios en el reinado de Claudio, después de haber hablado de Homero, de Aristóteles, de Alejandro, de Cicerón, de Catón y de Germanico? Y no obstante, ¿un mártir de la independencia es mas grande que un mártir de la verdad? Catón, que se sacrifica por la libertad de Roma, ¿es mas heroico que Sosistrato, que se deja quemar en un toro de metal, por anunciar á los hombres que son hermanos, que deben amarse, auxiliarse y elevarse hasta Dios, mediante la práctica de las virtudes?

Yo tenia tiempo suficiente para reproducir en mi memoria todos estos recuerdos á vista de las costas de Corfú, delante de las cuales estábamos detenidos por una calma profunda. El lector deseará tal vez que un viento favorable me traslade á Grecia y le libre de mis digresiones: esto sucedió en la mañana del 7. La brisa

(1) Tucídides y Tácito.

del Nordeste se levantó, y doblamos el cabo de Cefalonia. El 8 teníamos á nuestra derecha á Leucates, hoy San Mauro, que se confundía con un alto promontorio de la isla de Itaca, y las tierras bajas de Cefalonia. Ya no se ven en la patria de Ulises ni el bosque del monte Nereo, ni los trece perales de Laertes; estos han desaparecido, como también aquellos dos perales, mas venerables aun, que Enrique IV dió por punto de reunión á su ejército cuando combatió en Ivry. Saludé desde lejos la cabaña de Eumeo y la tumba del perro fiel. Solo se cita un perro célebre por su ingratitud: llamábase *Math*, y creó era su amo un rey de Inglaterra, de la casa de Lancáster. La historia ha perpetuado el nombre de este perro ingrato, como conserva el de un hombre que se ha mostrado fiel al infortunio.

El 9 costeamos á Cefalonia, y avanzamos con rapidez hacia Zante, *Nemorosa Zacynthos*. Los habitantes de esta isla eran tenidos, en la antigüedad, como de origen troyano; se decían descendientes de Jacinto, hijo de Dardano, que llevó una colonia á Jacinto. Fundaron á Sagunto en España; amaban las artes y se complacían en oír cantar los versos de Homero; dieron muchas veces asilo á los romanos proscritos, y aun se asegura que se hallaron en su país las cenizas de Cicerón. Si Zante ha sido realmente el refugio de los desterrados, yo le rindo voluntariamente un culto, y suscribo á sus nombres de *Isola d'oro*, y *Flor de Levante*. Este nombre de flor me recuerda que el jacinto era originario de la isla de Zante, y que esta isla recibió su nombre de la planta que había producido; no de otro modo, para alabar á una madre, se le unia algunas veces en la antigüedad el nombre de su hija. En la edad media se halla otra tradición muy poco conocida, relativamente á la isla de Zante. Roberto Guiscard, duque de la Apulia, murió en ella, dirigiéndose á la Palestina. Habíasele dicho que fallecería en Jerusalén; de esto se ha deducido que Zante tenía el nombre de *Jerusalém* en el siglo XIV, ó que en ella había algun lugar llamado así. Por lo demás, Zante es célebre en la actualidad por sus manantiales de aceite de petróleo, como lo era en tiempo de Herodoto; y sus uvas rivalizan aun con las de Corinto.

Desde el peregrino normando, Roberto Guiscard, hasta mí, peregrino breton, han trascurrido muchos años; pero en el intervalo de nuestros dos viajes, el señor de Villamont, mi compatriota, pasó á Zante, habiendo salido del ducado de Bretaña en 1588 para Jerusalén.

El señor de Villamont no se detuvo en Zante, sino que como yo llegué al frente de esta isla, y como á mí el viento del poniente *magistral* le impelió hacia la Morea. Esperaba con impaciencia el momento de descubrir las costas de la Grecia; buscábalas con ávidas miradas en el horizonte, y las veía en todas las nubes. En la mañana del 10 me hallaba en el puente al amanecer. Al salir el sol del mar, descubrí á lo lejos unas montañas elevadas y confusas: eran las de la Elida. La gloria tiene sin duda una existencia positiva, puesto que así hace latir el corazón del que solo es su juez.

A las diez pasamos delante de Navarino, la antigua Pílos, cubierta por la isla de Esfacteria, nombres igualmente célebres, uno en la Fábula, el otro en la Historia. A medio día anclamos á la vista de Modon, llamada antiguamente Metona, en la Mesenia. A la una, había desembarcado y pisaba el suelo de la Grecia; hallábase á diez leguas de Olimpia, y á treinta de Esparta, en el camino que siguió Telémaco yendo á pedir noticias de Ulises á Menelao; aun no hacia un mes que había salido de París.

Nuestro buque había anclado á media legua de Modon, entre el canal formado por el continente y las islas de Sapienza y Cabrera, en otro tiempo Enusas. Vistas desde este punto, las costas del Peloponeso há-

cia Navarino se muestran sombrías y áridas. Detrás de estas costas descuellan á escasa distancia en las tierras, unas montañas que parecen ser de una arena blanca cubierta de yerba marchita; eran los montes Egaleos, á cuyo pie estaba edificada Pílos. Modon se presenta á la vista como una ciudad de la edad media, circuida de fortificaciones góticas, medio ruinosas. No se veía en su puerto ni un solo bajel, ni un solo hombre en la playa, pues por donde quiera reinaban el silencio, el abandono y el olvido.

Embarquéme en el bote del buque con el capitán para ir á tomar lengua á tierra. Nos acercáramos á la costa: ya estaba pronto á saltar á ella, y á saludar la patria de las artes y del genio, cuando oímos el ¿quién vive? desde una de las puertas de la ciudad, lo que nos obligó á dirigir la proa hacia el castillo de Modon. Distinguimos desde lejos á algunos genizaros, armados con todo género de armas, y algunos turcos atraídos por la curiosidad. Al punto que se hallaron al alcance de la voz, nos gritaron en italiano: ¡*Ben venuti!* Semajante á un verdadero griego, presté atención á aquellas primeras palabras de buen agüero que oía en las costas de la Mesenia. Los turcos se arrojaron al agua para sacar nuestro bote á tierra, y nos ayudaron á saltar á un peñasco. Hablaban todos á la vez, y dirigían mil preguntas al capitán, en griego y en italiano. Entramos por la medio demolida puerta de la ciudad, y penetramos en una calle, ó por mejor decir, en un verdadero campamento, que me recordó al punto la hermosa frase de Mr. de Bonald: «Los turcos están acampados en Europa.» No puede creerse hasta qué punto es exacta esta frase, en toda su estension y bajo todos sus aspectos. Aquellos tártaros de Modon estaban sentados delante de sus puertas con las piernas cruzadas sobre una especie de banquetas, á la sombra de unos miserables toldos estendidos de una casa á otra; fumaban sus pipas y bebían café; y, contradiciendo la idea que me había formado de la taciturnidad de los turcos, reían y hablaban con gran algazara.

Luego nos dirigimos á la casa del agá, hombre de escaso entendimiento, que descansaba en un zaguán, y que me recibió con bastante cordialidad; y habiéndole sido explicado el objeto de mi viaje, respondió que me haría dar caballos y un genizaro para que me trasladase á Coron, á visitar al cónsul francés, Mr. Vial; que podría atravesar sin dificultad la Morea, porque los caminos estaban libres, puesto que se había cortado la cabeza á trescientos ó cuatrocientos bandoleros, y nada impedía ya viajar.

He aquí la historia de estos trescientos ó cuatrocientos bandoleros. Como vagase en las inmediaciones del monte Itomo una gavilla de cincuenta ladrones, que infestaban los caminos, el bajá de la Morea, Osman-Bajá, se trasladó á aquellos lugares, é hizo rodear las poblaciones donde los ladrones acostumbraban guarecerse. Siendo tarea muy prolija y enojosa para un turco el distinguir al inocente del culpable, se dió muerte, cual si fuesen fieras, á todos los hombres á quienes se halló al paso del bajá. Es cierto que los ladrones perecieron; pero lo es también que dejaron de existir mas de trescientos paisanos griegos, que ninguna complicidad tenían con los ladrones.

De la casa del agá nos trasladamos á la del vice-cónsul de Alemania, pues la Francia no tenía entonces representante en Modon. El vice-cónsul habitaba en el barrio de los griegos, estramuros de la ciudad. En todos los puntos militares los griegos están separados de los turcos. El vice-cónsul me confirmó lo que me había dicho el agá sobre el estado de la Morea; me ofreció hospitalidad aquella noche; yo la acepté, y volví un momento al buque en un caique que debía trasladarme de nuevo á la playa.

Dejé á bordo á Julian, mi criado francés á quien envié á esperarme con el buque á la punta del Ática, ó á Esmirna sino me presentaba al paso de este. Cenéme

un cinto que encerraba todo mi oro, me armé de piés á cabeza y tomé á mi servicio un milanés, llamado José, estañero de Esmirna, que hablaba un poco el griego moderno, y que se prestó á servirme de intérprete mediante una suma convenida. Despedíme del capitán, y me embarqué con José en el caique. El viento era recio y contrario, por lo cual empleamos cinco horas en llegar al puerto del que solo distábamos media, y dos veces estuvimos próximos á sumergirnos. Un tureo viejo, de cana barba, de ojos vivos y hundidos, bajo unas cejas espesas y que dejaba ver unos largos y en extremo blancos dientes, ya silencioso, y aprorumpiendo en gritos salvajes, manejaba el timon: representaba con bastante exactitud el Tiempo, pasando en su barca un viajero á las desiertas costas de la Grecia. El vice-cónsul me esperaba en la playa; y fuimos á habitar el barrio de los griegos. A nuestro paso admiré algunos sepulcros turcos, sombreádos por erguidos cipreses, á cuyo pie se estrellaba el mar. Entre aquellos sepulcros descubrí algunas mujeres cubiertas de velos blancos, que parecían fantásticas sombras; esto fue lo único que me recordó un poco la patria de las Musas. El cementerio de los cristianos linda con el de los musulmanes: está descuidado, sin piedras sepulcrales y sin árboles que lo sombreen; algunas sandias que aquí y acullá vejetaban sobre aquellas abandonadas sepulcrales, asemejábanse por su forma y su color á unos insepultos cráneos humanos. Nada iguala en tristeza á aquellos dos cementerios, en los que se echa de ver, hasta en la igualdad y la independencia de la muerte, la odiosa distinción del tirano y del esclavo.

Metona pareció tan poco interesante en la antigüedad al abate Bartelemy, que se limitó á mencionar su pozo de agua bituminosa. Sin gloria en medio de todas aquellas ciudades construidas por los dioses ó celebradas por los poetas, Metona no figura en los cantos de Píndaro, que forman con las obras de Homero, los brillantes archivos de la Grecia. Demóstones, al arengar en defensa de los megalopolitanos, y al recordar la historia de la Mesenia, no habla de Metona. Polibio, natural de Megalópolis, y que da muy buenos consejos á los mesenianos, guarda el mismo silencio. Plutarco y Diógenes Laercio no citan ningun héroe ni ningun filósofo de esta ciudad. Ateneo, Aulu-Gelio y Macrobio nada refieren de Metona. Por último, Plinio, Tolemeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Ravena se limitan á nombrarla en la enumeración de las ciudades de la Mesenia; pero Estrabon y Pausanias quieren que Metona sea la Pedasa de Homero. Segun Pausanias, el nombre de Metona ó de Motona procede de una hija de Eno, compañero de Diomedes, ó de un peñasco que cierra la entrada del puerto. Metona figura con bastante frecuencia en la historia antigua, pero nunca como teatro de algun hecho importante. Tucídides cita algunos cuerpos de hoplitas de Metona en la guerra del Peloponeso. En un fragmento de Diodoro de Sicilia se ve que Brasidas defendió esta ciudad contra los atenienses. El mismo Diodoro la llama una ciudad de la Laconia, porque la Mesenia era una conquista de la Lacedemonia; esta envió á Metona una colonia de nauplios, que no fueron espulsados de su nueva patria cuando Epaminondas volvió á llamar á los mesenios. Metona siguió la suerte de la Grecia cuando esta pasó al yugo de los romanos, y Trajano le otorgó privilegios. Habiendo llegado á ser el Peloponeso patrimonio del imperio de Oriente, Metona sufrió las revoluciones de la Morea: devastada por Alarico, y tal vez peor tratada por Estilicon, fue desmembrada del imperio griego en 1124 por los venecianos. Devuelta á sus antiguos dueños el año siguiente, volvió á caer en poder de los venecianos en 1204. Un corsario genovés la arrebató á estos en 1208. El dux Dandolo la conquistó á los genoveses. Mahomet II la tomó á los venecianos, como toda la Grecia en 1498. Morosini la reconquistó de los turcos en 1686, pero los turcos volvieron á en-

trar en ella en 1715. Tres años después Pelegrin pasó á esta ciudad, cuya descripción escribió mezclando en ella la crónica escandalosa de los cónsules franceses: esta descripción forma, desde Homero hasta nosotros, la continuación de la oscura historia de Metona. Por lo que respeta á la suerte de Modon, durante la expedición de los rusos en Morea, puede consultarse el primer tomo del *Viaje* de Mr. de Choiseul la *Historia de Polonia* por Rulhiere.

El vice-cónsul alemán, alojado en una misera casaca de yeso, me ofreció lleno de buen deseo una cena compuesta de sandías, uvas y pan negro; no se debe ser delicado en punto á manjares, cuando se está tan cerca de Esparta. Retiréme luego al aposento que me había sido preparado, pero sin poder cerrar los ojos. Oía los ladridos del perro de la Laconia y el rumor del viento de la Elida; ¿cómo hubiera podido conciliar el sueño? El 11 á las tres de la mañana, la voz del genizaro del agá me avisó que era preciso marchar á Coron.

Al punto, montamos á caballo. Voy á describir el orden de la marcha, porque fue el mismo en todo el viaje.

Delante de nosotros marchaba el guía ó el postillon griego á caballo, llevando otro por si ocurría algún accidente á los que nosotros montábamos. Seguía el genizaro con su turbante, dos pistolas y un puñal en la cintura, un sable y un látigo para hacer adelantar los caballos del guía. Seguía yo, casi tan armado como el guía, llevando además una escopeta; José cerraba la marcha. Este milanés era un hombre rubio de escasa estatura, de voluminoso vientre, de tez sonrosada y afable aspecto; todo su vestido era de terciopelo azul, y dos largas pistolas de arzon, pasadas por un estrecho ceñidor, levantaban su casaca de una manera tan grotesca, que el genizaro lo miraba siempre con risa. Mi equipaje se reducía á un tapiz para sentarme, una pipa, una palada de café y algunos chales para envolverme la cabeza durante la noche. Partimos á la señal del guía; trepamos á trote largo las montañas y las bajábamos al galope á través de los precipicios; fue preciso resolverse á todo: los turcos militares no conocen otro modo de caminar, y la menor señal de miedo ó de prudencia esponen á su desprecio. Por otra parte, el viajero marcha sentado en sillas mameucas cuyos estribos anchos y cortos doblan violentamente sus rodillas, rompen sus pies y desgarran los costados del caballo. Al mas ligero movimiento en falso, el alto pomo de la silla le estropea el pecho, y si se echa hácia atrás, su alto borde le hunde los riñones. No obstante, el viajero concluye por juzgar útiles estas sillas, á causa de la solidez que dan al caballo, sobre todo en viajes tan arriesgados.

Las jornadas son de ocho á diez leguas con los mismos caballos; déjase descansar sin comer á media jornada; móntase de nuevo y se continua la marcha. A la noche se llega algunas veces á un *kan*, tugurio abandonado donde se duerme entre toda clase de insectos y de reptiles, sobre un tablado apollado. Nada se debe al viajero en aquel *kan* cuando no tiene firman de camino, y él cuida de procurarse víveres como puede. Mi genizaro iba á cazar á las aldeas, y algunas veces me traía pollos que me empeñaba en pagar; los asábamos sobre unas ramas verdes de olivos, ó los aderezábamos toscamente con arroz. Sentados en tierra en torno del banquete, nos servíamos los manjares con los dedos; y terminada la comida, íbamos á lavarnos barba y manos en el primer arroyo que hallábamos. Así se viaja hoy en la patria de Alcibiades y de Aspasia!

Era aun de noche cuando salimos de Modon; parecíame vagar por los desiertos de América, pues reinaban por todas partes el mismo silencio y la misma soledad. Atravesamos unos olivares, dirigiéndonos al Mediodía. Al amanecer nos hallamos en las cumbres de las montañas mas áridas que en toda mi vida he visto, y por ellas caminamos durante dos horas. Aque-

llas cumbres desgastadas por los torrentes, parecían barbechos abandonados; el junco marino y una especie de matorrales espinosos y secos crecían abundantemente en ellas y en la superficie de la tierra se dejaban ver algunos espesos grupos de lirios silvestres, deshojados por las lluvias. Descubrimos el mar al Oriente á través de un olivar poco espeso, y luego bajamos á la garganta de un valle donde se veían algunos campos de cebada y algodón. Pasamos un torrente seco, cuyo cauce estaba lleno de adelfas y de vistosos *Agnus castus*, arbusto de hojas largas, descoloridas y pequeñas, cuya flor, de color de lila y un poco algodonosa, se alarga á manera de rueca. Cito estos dos arbustos porque abundan en toda la Grecia, y son casi los únicos que adornan sus soledades, tan fértiles y risueñas un día, ora tan tristes y desnudas. A propósito del torrente seco, debo de decir que no he visto en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, sino tres rios cuyo cauce no estuviese exhausto: el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. El lector debe perdonarme la especie de indiferencia y casi de impiedad con que escribiré algunas veces los nombres mas célebres ó armoniosos. El viajero en Grecia se familiariza á su pesar con Temístocles, Epaminondas, Sófocles Platon y Tucídides, y necesita una gran religion para no salvar el Citeron, el Ménalo ó el Liceo, como se pasan los montes vulgares.

Al salir del valle de que acabo de hablar, empezamos á trepar por nuevas montañas; mi guía me repitió muchas veces nombres desconocidos; pero á juzgar por su posición, aquellas montañas debían formar parte de la cordillera del monte Tematia. No tardamos en entrar en unos frescos bosques de olivos, de adelfas, y diferentes árboles. Este bosque terminaba en unas cumbres pedregosas. Al llegar á la mas alta de estas cimas, descubrimos el golfo de Mesenia, rodeado de montañas, entre las que se distinguía por su aislamiento el Itomo, y el Tajeto por sus dos agudos vértices: saludé aquellos montes famosos, recitando todos los hermosos versos que en su alabanza sabia.

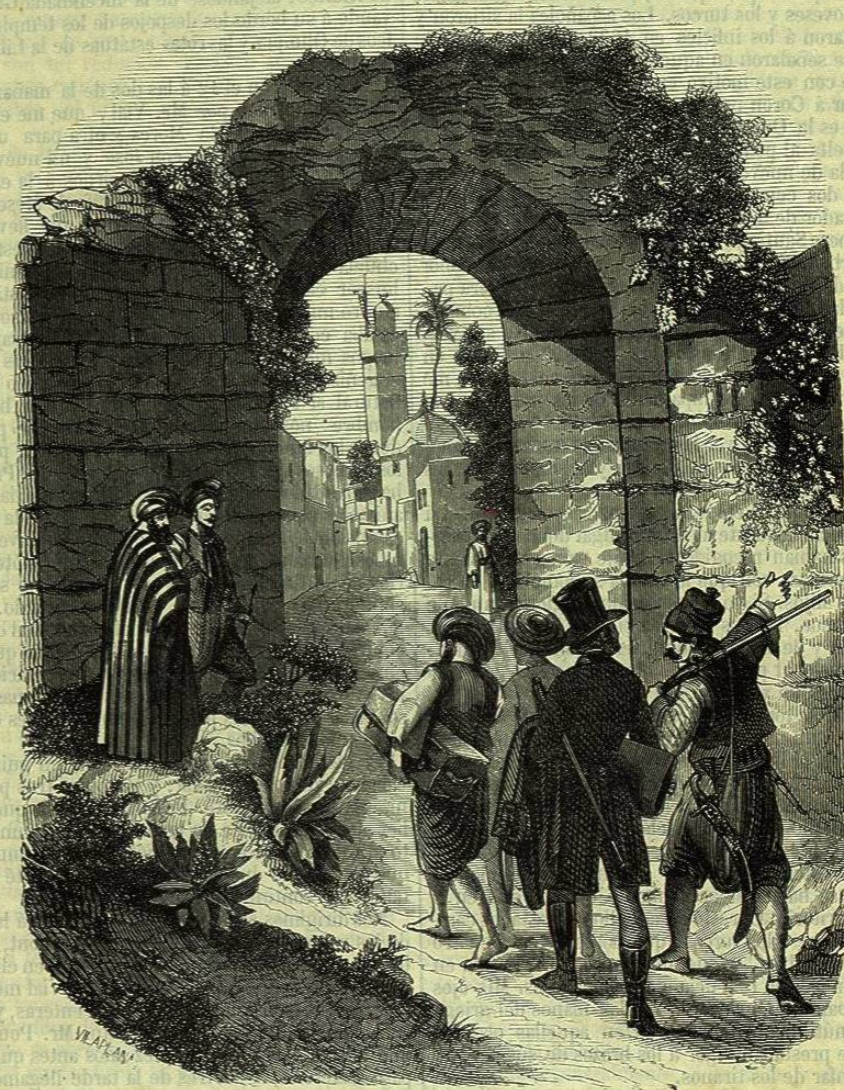
Un poco mas abajo de la cumbre del Tematia, bajando hácia Coron, descubrimos una miserable quinta griega, cuyos habitantes huyeron á nuestra aproximación. A medida que bajábamos descubrimos á nuestros pies la rada y el puerto de Coron, donde se veían ancladas algunas naves; la flota del capitán-bajá estaba surta al opuesto lado del golfo, hácia Calamata. Al llegar á la llanura que desde el pié de las montañas se estiende hasta el mar, dejamos á nuestra derecha una aldea en cuyo centro descollaba una especie de fortaleza; el conjunto, esto es, la aldea y la fortaleza, estaba rodeado de un inmenso cementerio turco, cubierto de cipreses de todas edades. Mi guía, al mostrarme estos árboles, les daba el nombre de *parissos*. Un antiguo habitante de la Mesenia me hubiera referido en otro tiempo la historia entera del jóven de Amiclea, de quien el mesenio de hoy solo conserva la mitad del nombre; pero este nombre, aunque muy desfigurado, pronunciado en aquellos lugares á la vista de un ciprés y de las montañas del Tajeto, me causó un placer que los poetas comprenderán á fondo. Esperimentaba un consuelo al mirar los sepuleros de los turcos, porque me recordaban que los bárbaros conquistadores de la Grecia habían perecido tambien en la misma tierra devastada por ellos. Por lo demás, aquellos sepuleros eran de un aspecto muy agradable: la adelfa crecía al pié de los cipreses, que parecían gigantes obeliscos negros; muchas blancas tórtolas y muchos pichones azules revoloteaban arrullando en aquellos árboles silenciosos; la yerba flotaba en derredor de unas pequeñas columnas fúnebres terminadas en un turbante; una fuente construida por un gerife derramaba sus tranquilas aguas en el camino, en obsequio del viajero; hubiérame detenido gustoso en aquel cementerio, donde el laurel de la Grecia, dominado por los cipreses del

Oriente, parecía traer á la memoria los dos pueblos cuyo polvo descansaba confundido en aquel lugar.

Desde este cementerio hasta Coron median casi dos horas de camino, durante las cuales atravesamos un bosque continuo de olivares, sembrado de trigo medio segado. El terreno, que desde lejos parecía una llanura no interrumpida, está cortado por desiguales y profundos barrancos. Mr. Vial, cónsul de Francia en Coron, me recibió con esa hospitalidad tan nota-

ble en los cónsules de Levante. Entreguéle una de las cartas de recomendación que Mr. de Talleyrand me había cortesmente dado, á instancias de Mr. d'Haeterive, para los cónsules franceses en las Escalas.

Mr. Vial quiso hospedarme en su casa, y despidiéndome á mi genizaro de Modon, me dió uno de los suyos, para que atravesase conmigo la Morea y me condujese á Atenas. El capitán-bajá se hallaba en guerra con los maniotas, y no podía trasladarme á Esparta por



LLEGADA Á MODON.

Calamata, que es á mi parecer, Calation, Cardamila ó Talama, en la costa de la Laconia, casi en frente de Coron. Resolvióse, pues, que daría un largo rodeo; que me dirigiria al desfiladero de los puertos de Leondari, uno de los Hermeos de la Mesenia; que me encaminaria á Tripolitza, para obtener del bajá de la Morea el firman necesario para pasar el istmo; y que volveria de Trípoliza á Esparta, desde donde tomaria

por la montaña el camino de Argos, de Micenas y de Corinto.

Coroné como asimismo Mesena y Megalopolis, no es muy antigua, pues fue fundada por Epaminondas, sobre las ruinas de la antigua Epea. Hasta el día se ha tomado á Coron por Coroné, que tal es la opinión de d'Anville. Tengo algunas dudas en este punto: segun Pausanias, Coroné estaba situada al pié del monte